Dominicas de la Anunciata

Delegación General de PJV

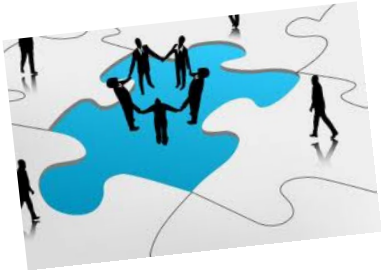
RETIRO VOCACIONAL

JULIO

ACOGIDA

HACER SITIO…

Todas hemos vivido en alguna ocasión la experiencia de "no tener sitio". A veces, esa falta de sitio es debida a una falta de tiempo; no llegamos a tiempo para tener cabida en lugares como el metro en sus horas punta; en un concierto, en un congreso… Pero, también la falta de sitio viene condicionada por no tener espacio y, es que, no es posible hospedar, acoger a otro donde no hay espacios libres.



El mismo Hijo de Dios sufrió esa "falta de espacio". El pesebre evoca el lugar del nacimiento; Dios mismo nace en un pesebre porque no había sitio para ellos en la posada. Con ello se adelanta de alguna manera el rechazo que sufrirá Jesús por parte de su propio pueblo.

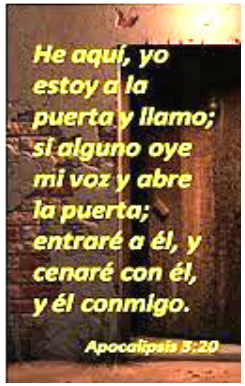
"Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en la posada" (Lc 2, 6-7).

A pesar de haber vivido estas experiencias de sentirnos sin sitio, sin hospedaje, nosotras mismas muchas veces somos las que cerramos las puertas y no tenemos "sitio para los demás"; no un sitio físico sino un sitio interior, más profundo. Porque cuando en mi "posada" sólo viven "mis sentimientos, mis ideas, mis afectos…; ya no caben otros sentimientos, ideas, afectos… Seguramente tendremos que aprender a reservar algún lugar libre para que otros puedan entrar en "mi posada" y…eso, muchas veces nos incomoda, molesta, e incluso, da miedo. Entonces nos colgamos el letrero de "Completo".

EL MISTERIO DE ACOGER *(cf. J. Erra i Mas)*

Seguramente todas nosotras hemos descubierto la importancia de ACOGER. Queremos ser personas acogedoras, que nuestras comunidades sean espacio de acogida, que nuestra Congregación acoja... y así, poco a poco, nos vamos familiarizando con esta realidad. Acoger tiene mucho que ver con la hospitalidad

PARA LA REFLEXIÓN



Además de María, muchos otros personajes bíblicos acogieron, hospedaron a Dios en su casa: los tres hermanos de Betania (Lc10,38-41), Leví (Mc 2, 15-17), Zaqueo (Lc 19,1-9)…

Hoy, Dios sigue buscando dónde hospedarse.

- ***¿Me preocupo de "ver" la realidad de los demás?***
- ***¿Soy consciente de la presencia de los otros y de la presencia de Dios?***
- ***¿Hay espacio para Dios y para los otros en mi "tienda"?***
- ***Siempre que hay capacidad para hospedar al otro, salimos enriquecidos. ¿Qué me impide acoger al otro?***

Acoger compromete, da sentido a la entrega, es anuncio.

- ***¿Cómo acojo la realidad social, eclesial, congregacional, comunitaria y personal?***

La oración es medio privilegiado para acoger a Dios, encontrarnos con Él en nuestra vida.

- ***Nuestro acoger al otro, ¿brota de la escucha de la Palabra?***
- ***Como María, ¿acojo el proyecto de Dios en mi vida?***

el lugar más íntimo, en sus propias entrañas. ¿Puede existir mayor misterio? No fue fácil para ella, por mucho que ahora ensalcemos y magnifiquemos su obrar. María se turbó y sólo el abandono confiado le hizo tomar la decisión de acoger sin medida al mismo hijo de Dios. Una visita, una disposición, una apertura y un abrirse del todo a la acogida para que el Espíritu pudiera morar en ella y la acogida dio fruto, engendró la Vida.

También nosotras podemos acoger la divinidad presente en cada persona que se nos cruza en el camino. Basta que estemos atentas y que queramos percibir nuestro entorno, vivir comprometidas en nuestro contexto y arriesguemos, acogiendo y compartiendo, practicando la hospitalidad.

María además de abrirse a la Palabra, supo **visitar** *(ver in situ)*, ver de cerca al otro (cf. Lc1, 39-56). Hospedar de corazón implica ver al otro en su propia realidad. En la visitación brota el sentimiento más alegre porque hay capacidad de ver al otro en su realidad, **Magníficat.**

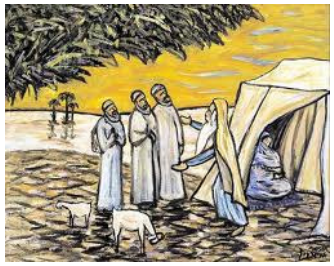
Nuestra Congregación y nuestras comunidades pueden dar mucho fruto si se dejan sumergir en el misterio de la acogida y transformar desde sus entrañas. A veces buscamos fruto en otras realidades y quizá olvidamos que la vida se engendra donde se comparte la vida, donde se puede penetrar, donde hay hueco para poder sembrar nuevas realidades, espacio físico y espiritual para quien llega o va de paso.

y con la raíz de muchas de las acciones de la historia de la salvación. La experiencia de la acogida se relata en muchos fragmentos bíblicos, y nuestra realidad más cercana está llena de esta vivencia.

Acoger es, en realidad, un misterio. Algo que no nos deja indiferentes, que transforma y generalmente da fruto. Nada es indiferente y de ahí que sea importante cuidar con esmero toda la dinámica de relación, de entrar en contacto, de acoger.

*Uno de los primeros relatos bíblicos que permiten contemplar y aprender de la acogida lo tenemos en **Abraham**.*

Se le apareció Yahveh en la encina de Mambré estando él sentado a la puerta de su tienda en lo más caluroso del día. Levantó los ojos y he aquí que había tres individuos parados a su vera. Como los vio acudió desde la puerta de la tienda a recibirlos, y se postró en tierra, y dijo: «Señor mío, si te he caído en gracia, no pases de largo cerca de tu servidor. Que traigan un poco de agua y lavaos los pies y recostaos bajo este árbol, que yo iré a traer un bocado de pan, y repondréis fuerzas. Luego pasaréis adelante, que para eso habéis acertado a pasar a la vera de este servidor vuestro.» Dijeron ellos: «Hazlo como has dicho.» Abraham se dirigió presuroso a la tienda, a donde Sara, y le dijo: «Trae tres arrobas de harina de sémola, amasa y haz unas tortas.» Abraham, por su parte, acudió a la vacada y apartó un becerro tierno y hermoso, y se lo entregó al mozo, el cual se apresuró a aderezarlo. Luego tomó cuajada y leche, junto con el becerro que había aderezado, y se lo presentó, manteniéndose en pie delante de ellos bajo el árbol. Así que hubieron comido le dijeron: «¿Dónde está tu mujer Sara?» - «Ahí, en la tienda», contestó. Dijo entonces aquel: «Volveré sin falta a ti pasado el tiempo de un embarazo, y para entonces tu mujer Sara tendrá un hijo.» Sara lo estaba oyendo a la entrada de la tienda, a sus espaldas (Gn 18, 1-10).



Podemos recrearlo para adivinar que lo primero necesario para acoger es **"darse cuenta".** Percatarse de que alguien está pasando ante nosotras. Algo tan básico que, de elemental, se nos puede escapar. Queremos ser personas acogedoras, pero si vamos tan deprisa o vivimos tan ensimismadas quizá nunca nos fijemos en que alguien está pasando por delante de nuestra "tienda", de mi persona, de mi comunidad, de mi trabajo, y precisa de algún tipo de acogida. Si ni siquiera me doy cuenta de la presencia del "otro" nunca podré invitarle a entrar. La vida ofrece muchísimas oportunidades para acoger, para que abramos la puerta e invitemos a entrar; Abraham "los vio" y sigue el relato.

Acoger se materializa en **"invitar a entrar".** Y para que el otro pueda entrar, lo primero es disponer de espacio. Aquí aparece un segundo escollo. Si tenemos el corazón tan repleto, la mente tan llena y los espacios tan medidos y organizados, va a ser difícil que nos quede lugar para la acogida. Abraham invita a pasar. Está dispuesto a que de verdad entren, reposen y compartan. Ello forma parte esencial de la acogida: dejar entrar en nuestro mundo de las ideas, en nuestro mundo afectivo, en nuestro círculo de relaciones y estar dispuesta a compartir los contenidos, lo que tenemos, pero también lo que somos. El huésped debe poder pasear como si de su casa se tratase. Poner condiciones o medidas a la acogida es parcializarla, es protegerse -a veces es lícito hacerlo, pero para que obre el "misterio" la acogida debe ser total.

Como sabemos, después vino la promesa del hijo para Sara y la risa desconfiada. Lo mismo nos ocurre a nosotras. Lo que escapa de lo lógico nos sorprende y genera desconfianza, mientras por otro lado estamos inmersas en un proceso de fe donde lo mistérico es lo que vivimos y en lo que confiamos. Pero hay que arriesgar. Y la promesa se cumplió. Ésta es la lección de la acogida: siempre produce fruto. Un fruto que es expresión de vida.

También a María, la de Nazaret, le pasó algo bien curioso (Lc 1, 26-38) .

Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. Y entrando, le dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo.» Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin.» María respondió al ángel: «¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?» El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, porque ninguna cosa es imposible para Dios.» Dijo María: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra.» Y el ángel dejándola se fue (Lc 1, 26-38).

En este relato, se nos narra cómo María recibió la Palabra, se abrió a la Palabra y se convirtió así en **posada de Dios**. Ella, supo comprender que cuando recibimos al otro, cuando nos abrimos al otro, damos entrada al proyecto de Dios; comprendió que hospedar a la Palabra posibilita el encuentro más profundo. Visitada por el arcángel, se fió y se abrió a la acogida. Se aventuró a acoger lo más divino posible y en